

.....

RAFAEL MONTESINOS, *LAS RUTAS DE LA MASCULINIDAD. ENSAYOS SOBRE EL CAMBIO CULTURAL Y EL MUNDO MODERNO*, Barcelona, Gedisa, 2002.

.....

POR GRISELDA MARTÍNEZ V.
Departamento de Producción Económica
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Los estudios sobre la masculinidad son un fenómeno de reciente aparición, sobre todo en el contexto de las ciencias sociales en Iberoamérica. En el caso mexicano, es a partir de la mitad de la última década del siglo xx cuando este género irrumpió en el contexto predominante de los estudios sobre la mujer. De hecho, un artículo que llamó la atención de las especialistas sobre estudios del género femenino, con una actitud más crítica respecto a lo que esa línea de conocimiento había acumulado durante casi cuarenta años, fue el de Rafael Montesinos titulado “Cambio cultural y crisis en la identidad masculina”, publicado en el número 68 de la revista *El Cotidiano*, en 1995. La tesis que estableció el autor en ese ensayo marcó un punto de partida para consecuentes investigaciones sobre la masculinidad.

En *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno* Montesinos nos ofrece un conjunto de ensayos acerca de la masculinidad, y ese artículo sobre la crisis de la identidad masculina es un referente central a lo largo de la obra. No obstante, antes de arribar a dicho planteamiento, el autor nos conduce por una apretada síntesis respecto a lo que los estudios sobre el género femenino construyen para interpretar la realidad social de las mujeres modernas y traza, de manera sucinta, las líneas más importantes en torno al tema presentes en las principales ciencias sociales. En esta parte, el autor advierte que los ensayos generarán una polémica discusión sobre las posibles interpretaciones de la masculinidad. Se refiere a la propuesta de uno de los sociólogos más reconocidos del final de siglo, Pierre Bourdieu, quien en *La dominación masculina*, publicado en 1998, no ofrece muchas posibilidades a un proceso cultural que propicie relaciones más equitativas entre los géneros, acorde con los tiempos modernos. Además, Montesinos

cuestiona a Lipovetsky, en cuyo trabajo *La tercera mujer*, realizado en 1997, trata el fenómeno de las mujeres que han accedido al poder, y sugiere un cambio cultural que propicie nuevas relaciones entre los géneros. Sin embargo, según Montesinos, Lipovetsky hace una tímida interpretación de las posibilidades que abre el cambio cultural, y muestra el caso de estas mujeres como expresiones del dominio masculino. Una conclusión, en esencia, del mismo corte interpretativo que Bourdieu.

Después de esta reflexión, Montesinos expone el complejo proceso mediante el cual la mujer de sociedades como la mexicana se incorpora al mundo moderno: su desplazamiento de lo privado a lo público, su integración progresiva al mercado de trabajo, el desmembramiento de la familia nuclear, así como todos los conflictos que desata un cambio social para modificar las relaciones genéricas, primero en el ámbito privado y después en el público. Bajo estas nuevas condiciones socioculturales, el autor se plantea las contradicciones de una transformación del rol femenino, y la consecuente discusión generada a partir de la *dobles jornada* y la *dobles moral*.

El hecho de que la mujer, además de irrumpir en el mercado de trabajo, lo haga en la educación superior, es un elemento que redondea su nuevo papel social y abre paso a la resignificación de la identidad femenina. Este proceso complejo es todavía más cuestionado en la medida en que la mujer se proyecta como *sujeto sexual*: se descubre el sexo como una ruta de búsqueda del placer, y ella comienza a modificar su autodefinición de *ser mujer*. No sólo se trata de reconocer la transformación de la familia nuclear sino de contemplar que la independencia que va ganando la mujer puede explicar cuestiones más sofisticadas, como la disminución de los índices de la natalidad, el aumento de los divorcios, la presencia cada vez mayor de las familias matrifocales. Esto es, la aparición de nuevas estructuras y relaciones que de ellas subyacen, y que hacen al autor preguntarse: ¿será posible que el cambio cultural sea exclusivamente expresión de la modificación de las identidades femeninas?, ¿será posible pensar que las identidades masculinas se mantengan inertes ante los visibles cambios sociales?, ¿cómo vivirán los hombres el proceso de emancipación femenina?, ¿cómo reaccionarán frente a un nuevo sujeto social que no necesariamente está atado a la imagen tradicional de madre/esposa?, ¿tendrán los hombres la misma entereza que muchas mujeres han demostrado ante la infidelidad de sus parejas?

Después de dicho razonamiento, Montesinos habla sobre las mujeres que han roto los estereotipos femeninos de la tradición y que, al contar con todas las “fortalezas” (habilidades) que antes se les atribuían a los hombres e irrumpir en las esferas del poder en todo tipo de organizaciones, ponen en entredicho el *poder masculino*. Por lo pronto, con estas nuevas mujeres que han realizado una exitosa carrera profesional, la transformación del espacio público es un hecho insoslayable, pues ya no se trata de mujeres que han diversificado su presencia en todas las ramas de la economía, sino que al contar con la preparación y racionalidad requerida institucionalmente, compiten de manera directa con el género masculino. Según el autor, la frontera entre la *división sexual del trabajo* que

recluía a la mujer en el espacio privado, se ha ido superando con rapidez. Las imágenes actuales cuestionan los estereotipos femeninos tradicionales, pero también los masculinos; al contar con circunstancias intelectuales y económicas iguales que las del hombre, las nuevas presencias femeninas construyen una estructura simbólica que proyecta ante el imaginario colectivo otro estereotipo femenino y, al mismo tiempo, cuestiona al masculino sustentado en la figura machista.

El autor considera además lo que en los estudios sobre el género femenino se ha denominado *techo de cristal*, relativo a la cultura patriarcal que reserva la parte superior de las estructuras del poder al predominio masculino. No obstante, los márgenes en los que se mueve la mujer moderna sitúan a los hombres en conflicto. ¿Será posible establecer relaciones que reproduzcan el dominio de éstos con una mujer que gane lo mismo, o más que su pareja? Si esto es posible, ¿bajo qué circunstancias se reproducen esas relaciones tradicionales entre los géneros?

Sobre esta última reflexión Montesinos sustenta su interpretación sobre el cambio cultural y la crisis de la identidad masculina, de la cual se desprende que dicha crisis obedece a la erosión de las estructuras que en el pasado garantizaban el predominio masculino. El hecho de que el hombre fuera el *proveedor exclusivo* del hogar dejaba a la mujer en una situación de dependencia material; que el varón sea cuestionado en cada uno de sus actos, desde los que le conceden autoridad, hasta su desempeño sexual, son elementos que originan el fin de un reinado que rápidamente ve su estructura en ruinas. Poco a poco, la imagen del macho mexicano o latino es ridiculizada, en menoscabo del referente tradicional del estereotipo masculino. La violencia, por ejemplo, en la lógica de un proceso de civilización que contiene los impulsos animales de los hombres, también se restringe cada vez más, aunque hoy en día se conozcan en detalle las magnitudes de la violencia doméstica, donde la mujer juega un papel importante en la agresividad a la que se sujeta a los miembros de este espacio social.

Con mucha agudeza, el autor agrega a este escenario de caos social provocado por el trastocamiento de las estructuras socioculturales el efecto de la crisis económica en la construcción de una cultura distinta que rija los intercambios entre los géneros; ya no se trata sólo del desmoronamiento de la familia nuclear sino de la imposibilidad para los varones de ser *proveedores exclusivos* del hogar, lo cual merma su autoridad ante la pareja y los hijos. El estatus del *hombre de verdad* toma nuevos derroteros, situación que adquiere matices más dramáticos que la de las referencias simbólicas, pues la crisis económica no sólo limita el papel proveedor de los hombres, sino que al reducir las oportunidades de empleo, la posibilidad de que éstos garanticen su propia reproducción queda supeditada a los azares de la crisis. El desempleo y el subempleo que muchos experimentan en la actualidad son una de las principales causas de pérdida de la autoestima.

La identidad tradicional de la masculinidad queda cuestionada, y la que ahora es necesario crear, respondiendo a la modernidad, no ha terminado de construirse. De tal

manera que la identidad masculina se debate entre un estereotipo estigmatizado e intentos por responder a las nuevas condiciones de la cotidianidad. Por ello, en su análisis sobre la masculinidad en ciernes, Montesinos toma como base la ausencia de claridad reflexiva que permita negociar con el otro género los cauces que han de seguir las relaciones entre hombres y mujeres.

En la siguiente parte, el autor examina el significado que adquiere la masculinidad en relación con la familia, la juventud, y como referente obligado de la paternidad. El primer caso contempla el proceso de socialización al que la familia sujeta a sus nuevos miembros y destaca cómo la identidad de género es la que predominará sobre aquéllas en las que los individuos moldean su personalidad. La familia es propuesta como un microsistema abierto, sujeto a las influencias de su entorno, desde el cual hombres y mujeres llevan al espacio privado nuevos referentes para la construcción y reproducción de las identidades genéricas.

En el segundo caso, Montesinos sostiene que la “juventud” representa una etapa de socialización donde los individuos, hombres o mujeres, son sometidos a una doble crisis en la construcción de sus personalidades. Es también la de la confrontación generacional, en que los adultos son los estereotipos a seguir por los jóvenes, y la relacionada con la crisis de la identidad masculina. En una interesante interpretación respecto al significado de *ser joven*, el autor indica que el individuo ubicado en esa etapa se encuentra en una condición de *irresponsabilidad temporal*, lo que hace variar la pertenencia a una clase social.

Más adelante, se expone la práctica de la paternidad, que resume en gran parte la discusión acerca de la erosión de los estereotipos masculinos tradicionales, sustentados particularmente por *la división sexual del trabajo*. La transformación de la familia nuclear impone diferentes condiciones de exigencia para los varones en cuanto a su participación en las responsabilidades domésticas y, sobre todo, en el cuidado de los niños. El ejercicio de la paternidad presenta un plano de la vida cotidiana donde se muestra cómo la masculinidad se va transformando. El macho mexicano que mantiene una actitud de autoridad y de distancia afectiva, al menos con los hijos varones, va entrando en desuso, pues en todos los sectores sociales se advierte que la aparición de relaciones afectivas entre el padre y los hijos comienza a proyectarse como un referente compartido por el imaginario colectivo. El autor también llama la atención respecto a la posibilidad que abre el compromiso de una nueva paternidad, para que las relaciones entre los géneros sean más equilibradas y destierren poco a poco la violencia simbólica que todavía prevalece dentro del espacio privado. Estas nuevas tendencias de una paternidad que rompe con el estereotipo tradicional confirman otra tesis que Montesinos expone a lo largo de su libro: *la superación de la división sexual del trabajo*.

En el último bloque temático se hace un planteamiento propositivo sobre la sexualidad y el erotismo. En el primer caso, se discute un conjunto de testimonios brindado por jóvenes de ambos sexos en entrevistas realizadas bajo la técnica de *grupos focales*. Las

prácticas ahí anotadas reflejan, quizás, la exigencia de extirpar muchos mitos que la academia reproduce acerca de la interpretación de los objetos de estudio, que en el caso de las investigaciones sobre los géneros, pretende arrojar luz sobre hombres y mujeres de carne y hueso, que adquieren forma a través de sus propios testimonios.

Finalmente se encuentra un ensayo sobre el erotismo, cuyo planteamiento, sin duda, provocará enconados debates, pues independientemente de lo extraño del tema como objeto sometido a criterios académicos, la argumentación es muy compleja y provocativa. Montesinos considera al erotismo el espacio donde hombres y mujeres pueden dar rienda suelta a su animalidad, a su vocación violenta. El erotismo ubicado en el ámbito de la subjetividad se contempla como una *transgresión* que escapa de las facultades represivas del Estado, por tanto, constituye la única posibilidad de que el individuo escape al *malestar de la cultura*. Así, emerge como una práctica y condición (subjetiva) que libera al individuo, que lo realiza por el hecho de que las fantasías sexuales permiten experimentar sin freno esa pulsión humana que hace de la reproducción, una actividad evidentemente animal, una acción estrictamente humana.

Las rutas de la masculinidad es publicado en un año propicio para los estudios sobre el género masculino. Constituye un interesante trabajo intelectual que desacartonada la actividad académica, en la medida en que trata un objeto de estudio del cual todos somos parte. Me atrevería a decir que este trabajo será mejor recibido por las mujeres que por los hombres, a quienes el autor somete a una cruenta pero propositiva crítica.